

LA PARADOJA DE LOS INDIGNADOS*

AXEL KAISER

I HESSEL Y LOS INDIGNADOS

Una ola de convulsiones sociales atraviesa el mundo. En Occidente, la prensa ha llamado a los manifestantes «indignados». El término ha sido tomado del panfleto *Indignáos! (Indignez-vous!)* del intelectual francés Stéphane Hessel. La indignación por la situación política y económica de Occidente es justificada. Tanto en Europa como en Estados Unidos, la brecha entre élites financieras y el resto de la población se ha extendido mientras la clase política se ha convertido en una suerte de nobleza de estado completamente desconectada de la realidad del hombre común. La corrupción del sistema ha llegado a tal punto, que no es una exageración sostener que las democracias han fracasado en asegurar un juego limpio entre los diversos actores sociales, poniendo así en peligro su propia subsistencia.

II UNA AMENAZA AL PROGRESO Y LA LIBERTAD

La percepción de que algo se encuentra fundamentalmente descompuesto en las sociedades occidentales explica por qué Hessel ha logrado vender millones de copias de su provocativo panfleto detonando movimientos sociales en Francia y España. También explica el surgimiento de Occupy Wall Street en Estados Unidos,

* La versión original fue publicada por el Ludwig von Mises Institute, Estados Unidos, el 17 de Octubre de 2011.

Movimiento que declara oficialmente inspirarse en las acampadas españolas. El efecto galvanizador del panfleto de Hessel nos ha recordado que los intelectuales, como insistió Karl Popper, deben ser especialmente cuidadosos con las ideas que difunden. Jamás se debiera olvidar la advertencia de Isaiah Berlin de que «cuando las ideas son descuidadas por aquellos que han de atenderlas —es decir, aquellos que han sido entrenados para pensar críticamente acerca de las ideas—, en ocasiones adquieren un incontrolable impulso y un poder irresistible sobre las multitudes que puede llegar a ser demasiado violento como para ser afectado por la crítica racional.»¹ Esta es una lección de la historia del marxismo y del nacional socialismo que no debiéramos olvidar.

Peligrosamente, Hessel ha endosado la misma actitud que condujo al comunismo y el nacional socialismo, a saber: el colectivismo. En efecto, tanto el nazismo como el marxismo derivaron de un rechazo a la filosofía individualista que sentó las bases de la civilización occidental. Por individualismo debe entenderse en este contexto, el que cada persona es considerada única, un fin en sí misma como diría Kant, lo cual implica que esta es libre de perseguir sus propios fines. Un individuo es libre entonces, sólo en la medida en que no es coaccionado por otros para perseguir fines ajenos, sean estos particulares o colectivos. La libertad consiste así, como afirmó John Locke, en «encontrarse libre de restricciones y de la violencia de otros».² Este reemplazo de la coerción por los acuerdos voluntarios de los diversos individuos persiguiendo sus intereses es esencial para que el progreso pueda florecer. No es una coincidencia el que los grandes logros de la humanidad hayan sido el producto de la libertad de perseguir fines individuales: ninguna ópera o invento tecnológico significativo ha sido jamás creado bajo coerción.

¹ Isaiah Berlin, «Two Concepts of Liberty», In Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*. (Oxford: Oxford University Press, 1969), p. 1. Accessed from: http://www.wiso.uni-hamburg.de/fileadmin/wiso_vwl/johannes/Ankuendigungen/Berlin_twoconceptsliberty.pdf on 3.07.2011.

² John Locke, *Second Treatise of Government*, (Indianapolis: Hackett Publishing Company, 1980), p. 46.

La idea de que los individuos deben gozar de la libertad necesaria para perseguir sus propios fines es exactamente lo que el colectivismo rechaza. Para el colectivista, el interés individual debe encontrarse subordinado a la abstracción del bien colectivo. El llamado de Hessel a crear un «orden racional en el que el interés individual se encuentre subordinado al interés general» sintetiza perfectamente la esencia de la actitud colectivista. Una vez que esta idea es aceptada ya no existen límites para la intervención estatal. De ahí en adelante, quienes detentan el poder pueden, bajo el pretexto de servir el bien común, forzar a los individuos a seguir cursos de acción que no son los que estos han elegido, destruyendo la libertad y con ella la fuente del progreso.

III LA FICCIÓN DEL ESTADO

La tragedia de intelectuales honestos de izquierda como Hessel, que apoyan movimientos como Occupy Wall Street, es que, sin percatarse, suelen indignarse por situaciones que en gran parte son la criatura de sus propias ideas. El mejor ejemplo es el mismo Hessel. Él cree que los principios fundamentales de una sociedad libre, humanitaria y democrática han sido desplazados por un sistema en que la maximización y el capitalismo financiero predominan. En un mundo mejor, insiste, el interés económico individual estaría subordinado al interés general. Para lograr esto según Hessel, el Estado debiera tener un mayor rol en la economía.

Lo primero que uno debiera preguntar es qué le hace pensar a Hessel y a quienes defienden similar postura, que al gobierno realmente le importa el bien común. ¿No son los políticos y burocratas personas como cualquier otra después de todo? ¿Estaba equivocado acaso Lord Acton cuando afirmó que el poder corrompe y que el poder absoluto corrompe absolutamente? Y si no estaba equivocado ¿es razonable pensar que aquellos que se encuentran en el poder —y están por tanto ya corrompidos— pondrán su interés de lado para servir a un abstracto ideal llamado interés general? Incluso Hessel denuncia que hay lobistas hasta en las «más altas esferas del gobierno». Sin embargo, parece creer que si los

mismos políticos y burócratas capturados tuvieran mayor control sobre la economía privada, los efectos destructivos de la corrupción desaparecerían. En otras palabras, para Hessel y sus seguidores, si transferimos más poder a quienes controlan el Estado, menos corrupto será el sistema. La historia sin embargo, muestra de manera implacable que Lord Acton tenía razón: a mayor poder concentrado en las pocas manos de los gobernantes, mayor corrupción. El mejor ejemplo de esto lo constituye el socialismo. Su principal fracaso no consistió en haber traído miseria económica a las masas que supuestamente estaba destinado a beneficiar, sino en haber establecido el sistema de clases más violento y rígido jamás visto en Occidente. La máxima central del socialismo, la igualdad, fue traicionada tan pronto los líderes de la revolución se hicieron con el poder estatal. Explotando la consigna igualitarista crearon un sistema de dos clases sustentado en la coerción sistemática: de una parte se encontraban los líderes revolucionarios y amigos del partido gozando de todo tipo de lujos —en gran parte importados del mundo capitalista—, y de otro se encontraba el resto de la población, reducida a la servidumbre y la lucha por la supervivencia.

Todavía podría preguntarse qué pasaría si contáramos con líderes políticos incorruptibles. ¿Funcionaría entonces la idea de Hessel? Supongamos por un momento que James Madison estaba equivocado y que fuéramos gobernados por ángeles, esto es, por seres incorruptibles que usaran su poder únicamente para servir al bien común. Asumamos además que estos ángeles cuentan con todos los medios materiales para lograr su noble propósito. Aquí debemos preguntarnos, ¿constituye la nobleza de las intenciones una garantía respecto a la calidad del resultado de los actos que estas inspiran? ¿Estarían hombres moralmente intachables en condiciones de saber realmente qué es mejor para nosotros que nosotros mismos? Y más importante aún, ¿estaríamos dispuestos a aceptar que hombres moralmente superiores o incluso ángeles nos forzaran a hacer aquello que estiman mejor para nosotros? Aquí se torna aún más evidente que los argumentos de Hessel se basan en una ficción: la idea de que el bien común es algo distinto a la suma de los diversos intereses individuales y que el Estado es una entidad separada de la sociedad que,

mediante la coerción, puede elevarla a un grado más alto de perfección moral y felicidad. Pocas ideas en la historia han mostrado ser más seductoras y a la vez más destructivas que esta. Aquellos que, como Hessel, la defienden, ignoran el hecho de que los mayores males usualmente no son causados por personas malignas intentando dañar a otros, sino por personas bien intencionadas buscando ayudar a otros que ni siquiera conocen. Henry David Thoreau perfectamente advirtió esto cuando escribió: «Si supiera con certeza que un hombre se dirige hacia mi casa con el propósito consciente de hacerme el bien, correría por salvar mi vida».³ Si ángeles hubieran de gobernarnos, ninguno de nosotros escaparía de la muerte en nombre del bien mayor.

La ficción de que el gobierno puede resguardar un bien común que trasciende el diverso y complejo mundo de los intereses individuales, conlleva la idea de que el Estado puede también proveernos en nuestras necesidades. Esta falacia es el origen del fatal mito del estado de bienestar originado en el liberalismo racionalista francés. Este tipo de liberalismo, como advirtió Friedrich von Hayek, no vio límite alguno en el poder de la razón humana para planificar la vida social y la economía, convirtiéndose así en predecesor de movimientos colectivistas como el nazismo y el socialismo.

Nadie entendió las implicancias de este mito de manera más clara que Frédéric Bastiat, intelectual francés apenas conocido en su país. Escribiendo a mediados del siglo XIX, Bastiat observó que a diferencia de los norteamericanos, que no esperaban nada más que de sí mismos, los franceses habían transferido a la abstracción del Estado la responsabilidad de elevar la sociedad a un mayor grado de moralidad, felicidad y bienestar material. Como ejemplo de ello Bastiat citó el preámbulo la constitución de 1848, el que declaraba: «Francia se ha constituido en república con el objeto de elevar a sus ciudadanos a un mayor grado de moralidad, ilustración y bienestar». Bastiat observó que había una «creación quimérica de la cual los ciudadanos podían demandar cualquier cosa». Esta quimera era Francia, encarnada en el Estado. Para

³ Henry David Thoreau, *Walden and Civil Disobedience*, (New York: Barnes & Noble, 2003), p. 61.

Bastiat, esto solo podía conducir a recurrentes crisis y revoluciones: «Sostengo que esta deificación del Estado ha sido en el pasado y será para siempre una fuente fértil de calamidades y revoluciones. De un lado se encuentra el público y de otro el Estado, como dos entes distintos; el primero obligado a proveer al segundo, y el segundo con el derecho a reclamar del primero todos los beneficios humanos imaginables.»⁴

IV LAS CAUSAS DE LA CRISIS ACTUAL

Las palabras de Bastiat resultaron ser proféticas. El mito del estado de bienestar se esparció desde Francia y Alemania al resto del mundo occidental llevando a una explosión de las transferencias sociales y a un aumento equivalente de las expectativas del público en lo que se han llamado «derechos sociales». La autonomía fue progresivamente reemplazada por una mentalidad de derechos sin obligaciones dando paso a una profunda desconexión entre lo que las personas están dispuestas a pagar en impuestos y lo que estas esperan en beneficios de parte del gobierno. Conscientes de que un aumento honesto de la carga impositiva para financiar dichos beneficios no habría sido tolerada por el público, los políticos comenzaron a contraer deudas para financiar los programas benefactores prometidos. Eventualmente los estados llegaron a un punto de endeudamiento insostenible. Entonces vino la crisis financiera de 2008, causada esencialmente por intervenciones del Estado en la economía: programas benefactores para hacer realidad el sueño progresista de la «home ownership society» crearon las condiciones estructurales para el crash. Entidades semi gubernamentales como Fannie Mae y Freddie Mac, que cubrieron cerca del 50% del mercado hipotecario norteamericano, ofrecieron los instrumentos financieros necesarios para transferir la riqueza y la Reserva Federal proveyó el dinero barato para financiarla.

⁴ Frédéric Bastiat, «Government», in *The Bastiat Collection*, Vol. II, (Auburne, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2007), pp. 101-102.

En Europa la situación no fue muy distinta. La creación de una moneda común, nuevamente una decisión de los Estados que en muchos casos no fue sometida a la aprobación popular por medio de un referéndum, permitió a países como Grecia, Portugal y España endeudarse a tasas de interés extraordinariamente bajas. El mercado correctamente asumió que si alguno de estos países llegaba a ser incapaz de pagar sus créditos, Alemania y Francia saldrían a rescatarlos. Esto explica por qué los bonos soberanos griegos fueron considerados igual de seguros que los alemanes por los inversionistas. Aprovechando esta oportunidad única, los políticos de estos países cayeron en una orgía crediticia para ganar elecciones mediante el otorgamiento de nuevos beneficios sociales y subsidios de todo tipo. Mientras tanto, el Banco Central Europeo, otra agencia estatal, mantenía tasas de interés artificialmente bajas creando burbujas inmobiliarias en países como Irlanda y España. Por un tiempo la fórmula pareció funcionar para todos: los políticos eran reelegidos, el público accedía a nuevos beneficios todos los años, los banqueros hacían enormes ganancias y la economía experimentaba un boom. Era todo una ilusión. Cuando reventó la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos quedó rápidamente claro que también la situación económica y fiscal de Europa era insostenible.

Ahora ha llegado el tiempo de pagar por la fiesta de gasto fiscal excesivo y política monetaria irresponsable. Inevitablemente, esto implica una dramática reducción en nuestra calidad de vida. Puesto que el público ignora que la causa central del problema ha sido el Estado, como Bastiat predijo, este sale a protestar a las calles demandando todavía más intervencionismo estatal. He ahí la paradoja de los indignados.

Hessel muestra idéntica ignorancia que aquellos que protestan en las calles en contra de las reducciones del gasto público y de los beneficios sociales cuando exige más derechos sociales y más intervención del Estado en la economía. Para fundamentar su argumento, Hessel sostiene que no puede ser efectivo que no exista el dinero para financiar los programas que demanda porque hoy hay mucha más riqueza que hace cincuenta años. Es cierto que el capitalismo ha traído un enorme progreso a pesar de los problemas mencionados. Pero lo que Hessel parece no

entender es que no importa qué tan rico sea un país, si este vive por encima de sus posibilidades quebrará. Ese es exactamente el problema en Europa y Estados Unidos, donde los gobiernos han gastado sistemáticamente más de lo que han recolectado en impuestos. Pocos países de la Unión Europea respetan el límite establecido en el tratado de Maastricht, que fijó un 60% del PIB como límite a la deuda pública y un 3% del PIB como límite al déficit fiscal para los países miembros. Así, el problema no es que no existan suficientes programas de bienestar como aduce Hessel, sino demasiados. El dilema benefactor se torna aún más grave cuando se considera el valor presente de las obligaciones sociales. En Estados Unidos estas «unfunded liabilities» alcanzan siete veces el PIB mientras en la EU estas superan cuatro veces el PIB.⁵ Existen pocas dudas de que tanto Europa como Estados Unidos van a caer en default respecto de estas obligaciones en el futuro.

En lo que respecta a la «dictadura» de las élites financieras denunciada por Hessel y movimientos como Occupy Wall Street y Occupy Frankfurt, esta es también esencialmente una criatura de los gobiernos. El sistema bancario en la actualidad puede funcionar del modo que lo hace solo porque se encuentra basado en dinero papel y respaldado por Bancos Centrales, esto es, órganos de planificación central monetaria creados por los gobiernos. Los bancos centrales proveen la liquidez que permite a los bancos privados expandir la masa monetaria de manera coordinada creando así los booms inmobiliarios y las burbujas bursátiles. Pero más importante aún, estos entregan a tasas de interés artificialmente bajas el dinero con el que se especula alrededor del planeta. El incremento dramático de los precios de los commodities desde 2008 es fundamentalmente el resultado de la inflación creada por los bancos centrales bajo el pretexto de combatir la recesión. Como todo proceso inflacionario, este ha tenido el perverso efecto de transferir riqueza desde la clase media y los más pobres del planeta hacia las élites financieras y los gobiernos, para quienes la inflación funciona como un impuesto encubierto. John Maynard Keynes, uno de los más grandes

⁵ See: Jagadeesh Gokhale, *Measuring the Unfunded Obligations of European Countries*, National Center for Policy Analysis, Policy Report N.º 319, January 2009.

proponente de la intervención estatal, entendió esto perfectamente bien. Poco después de la Primera Guerra Mundial, Keynes escribió:

A través de un continuo proceso de inflación los gobiernos pueden confiscar secretamente y de manera inobservada, parte de la riqueza de sus ciudadanos. Mediante este método, ellos no solo confiscan, sino que lo hacen de manera arbitraria y, mientras el proceso empobrece a muchos, de hecho enriquece a algunos. La observación de este cambio arbitrario de las riquezas golpea no solo la seguridad, sino la confianza en la equidad de la existente distribución de riqueza. Aquellos a quienes el sistema trae ganancias más allá de lo que merecen e incluso más allá de sus propias expectativas, se convierten en los ganadores, siendo el objeto de odio de la burguesía, a quien la inflación ha empobrecido no menos que al proletariado.⁶

Aquellos que se declaran indignados por la desigual distribución de la riqueza debieran prestar más atención a la inflación creada por los gobiernos, pues ella de por lejos una de sus causas centrales. Es de hecho sorprendente que los así llamados «indignados» pasen por alto el rol distorsionador y destructivo que juegan los bancos centrales en la economía mundial. Ellos no solo crean dinero de la nada desatando procesos inflacionarios y crisis financieras que empobrecen todavía más a los pobres de este mundo, sino que adicionalmente desempeñan la función de «prestamistas de última instancia». Esto significa que cuando un banco ha sido administrado irresponsablemente o de manera deficiente, en lugar de dejar que este quiebre como ocurriría a cualquier empresa en la economía real, es rescatado. Para empeorar las cosas, actualmente los bancos operan con un sistema de «reserva fraccional» que les permite funcionar con bajísimos niveles de capital propio. El rol de rescatista del Banco Central y el sistema de reserva fraccional combinados generan poderosos incentivos para que la banca realice actividades especulativas altamente

⁶ John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, (New York: Harcourt, Brace, and Howe: 1920), p. 92. Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/303/27982/699023> on 2011-06-17

arriesgadas y rentables para sus managers y dueños e igualmente dañinas para el público, que finalmente termina pagando los costes a través de rescates con dineros fiscales e inflación.

Nada de esto por cierto puede ser atribuido al libre mercado. De hecho, el capitalismo consiste en lo contrario: competencia abierta entre los bancos sin un órgano de planificación central monetaria, quiebra de aquellas empresas y bancos que han sido mal administrados, dinero estable y rechazo a todo arreglo corrupto entre gobiernos y élites económicas.

Otra fuente de pobreza y desigualdad son los impuestos y la regulación estatal. Altos impuestos y regulaciones excesivas obstaculizan la productividad y la competencia destruyendo los incentivos para la creación de trabajo. Y mientras las personas adineradas pueden escapar de estas cargas sacando su dinero e invirtiéndolo en otros países, la clase media y los más pobres deben sufrir las consecuencias de menos trabajos, menor productividad y menores ingresos. La libertad económica es así una condición necesaria para mejorar la calidad de vida de las mayorías. No es una coincidencia que los más pobres en los diez países con mayor libertad económica en el mundo tengan un ingreso diez veces superior a los pobres en los diez países con menor libertad económica en el mundo.

V DESIGUALDAD E INDIGNACIÓN

He argumentado que la inflación y la ausencia de libertad económica son causas centrales de la pobreza y la desigualdad. Hessel no reconoce estos hechos declarándose indignado por la desigualdad en general. Considera escandaloso que en países pobres gran parte de la población viva con menos de dos dólares al día. Dos cosas deben ser respondidas a estas afirmaciones. En primer lugar, existe razón para indignarse solo cuando la desigualdad es producto de la confiscación arbitraria, fraude de cualquier naturaleza o mala política económica. Pero cuando la desigualdad emerge como resultado de la libertad no hay razón alguna para la indignación, especialmente cuando todos tienen suficiente. Solo

la envidia puede explicar que algunos se escandalicen con la riqueza que otros han logrado acumular legítimamente. Lo que quienes abogan por la justicia social no entienden, es que aquellos que han logrado enriquecerse por medios honestos han servido a la sociedad más que cualquier otra persona. Bill Gates por ejemplo, por mucho tiempo el hombre más rico del mundo, mejoró la calidad de vida de millones de personas con sus inventos. Nosotros hemos decidido libremente adquirir productos de Microsoft porque nos son útiles, es decir, porque nos resultan beneficiosos. De la misma manera, cuando compramos pan en la panadería de la esquina todos se benefician: el panadero pues ahora cuenta con dinero para adquirir otros bienes y servicios necesarios para él y su familia, y nosotros que contamos con pan para comer. El hecho de que el panadero se enriquezca no hace ninguna diferencia. Más aun, esto significa que hace un buen trabajo debiendo expandir su negocio para satisfacer la nueva demanda. ¿Por qué debiéramos indignarnos si este panadero, alguna vez humilde, se hace millonario en el proceso? Debiera ser lo contrario: debiéramos celebrar a este hombre por su prosperidad, pues gracias a ella ha creado más puestos de trabajo y provee de más pan a más personas a precios convenientes. Desde todo punto de vista, el panadero millonario está realizando una función social.

De la misma manera, Bill Gates ha incrementado la productividad de la economía mundial sacando a millones de personas de la pobreza. Aquí entramos en la segunda afirmación de Hessel. Es efectivo que aun millones de personas viven bajo la línea de la pobreza en el mundo. Lo que debiera también decirse, es que no existe otro periodo de la historia de la humanidad en que menos personas, como proporción de la población total, hayan vivido en esas condiciones. Solo en China cientos de millones de personas han superado la pobreza en los últimos treinta años. India, Chile, Perú, Brasil, Rusia y Vietnam, entre muchos otros países, han experimentado evoluciones similares en las últimas décadas. Ello se debe a las políticas pro mercado introducidas en estos países, el mismo tipo de políticas que explica la mayor calidad de vida en Estados Unidos, Japón y Europa.

Finalmente, debe recalcarse que no existe nada reprochable en la desigualdad en sí misma. Es mucho más deseable una sociedad

con mayor desigualdad donde todos tengan más a una con mayor igualdad donde todos tengan menos. La igualdad no es un fin en sí mismo, si lo fuera debiéramos destruir toda nuestra riqueza para ser todos igualmente pobres. Algunos países pobres del África tienen niveles de igualdad mayores a países avanzados europeos. Difícilmente alguien estaría dispuesto a defender que la situación de esos países africanos más iguales es preferible a la de los países europeos más desiguales. La pregunta no consiste así en evitar que algunos tengan mucho más que otros, sino en crear las condiciones para que todos puedan tener más. Esa es la diferencia entre un orden social basado en la verdadera solidaridad y la libertad y una basada en la envidia y la coerción.

IV INDIGNACIÓN INFORMADA

Hessel tiene razón cuando afirma que la indignación es necesaria para la acción y la resistencia. Más importante sin embargo, es entender las razones en las que la indignación debe fundarse. Si las personas se indignan por las razones equivocadas, inevitablemente exigirán las soluciones equivocadas empeorando el problema. Especialmente en los tiempos actuales de convulsión social, no es responsable llamar a la resistencia sin realizar antes un análisis serio de qué es lo que anda mal y cómo debiera ser resuelto el problema. Este es el rol de los intelectuales y de los líderes de opinión. Si un falso mensaje logra instalarse, solo la ruina emergerá de la indignación. Hessel ha hecho su mejor esfuerzo. Desafortunadamente, su visión, enraizada en viejas actitudes colectivistas, solo puede conducir a más problemas. Él tiene el mérito de haber denunciado una situación que efectivamente es indignante, pero ha fallado completamente en todo lo demás.

Lo que necesitamos es indignación informada. Las personas deben entender por qué y cómo se llegó al punto crítico en que nos encontramos hoy. Deben entender que otorgar más poder a políticos y burócratas sólo empeorará la situación. La posibilidad

de un futuro mejor no radica en el Estado sino en la responsabilidad individual, la creatividad y la libertad. Se requiere coraje para ser responsable por sí mismo y no esperar beneficios ilimitados del gobierno. Pero ese es un camino mucho más fértil y digno que el actual, y es además la única alternativa viable a la indignante situación actual.